

DOMINGO II DE PASCUA (C)

LA HOMILÍA S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:
(Jn 20,19-31.)

El evangelio, en este segundo domingo de Pascua, nos relata la experiencia Pascual de los discípulos, en dos partes:

A. PRIMERA PARTE, LOS DISCÍPULOS SIN TOMÁS: la presencia del resucitado, la Paz, el recuerdo de la entrega (manos, costado) y el perdón.

Está reunida la comunidad en el recuerdo de Jesús, pero encerrada, llena de miedo, en la tristeza del Jesús ausente, no en la paz y la alegría del Señor viviente.

“Y en esto entró Jesús, se puso en medio”. La Pascua es presencia del Señor resucitado

que se muestra a sus discípulos, haciéndoles testigos de su gracia, enviados de su reino. El signo primero y más fuerte de la pascua es esta “presencia” de Jesús en la comunidad de los creyentes reunidos por miedo, a los que hace salir de su encierro, enviándolos al mundo como mensajeros de su perdón.

Les dijo: Paz a vosotros. La paz es el don del Resucitado. La paz del Resucitado es una realización del Crucificado; Es la paz que brota del sacrificio de Jesús que nos reconcilia con Dios con los demás y con nosotros mismos.

“les enseñó las manos y el costado”. La pascua es presencia gloriosa del crucificado. El resucitado es el mismo Jesús que se entregó por los hombres. Como señal de identidad, como expresión de permanencia de su pasión salvadora, Jesús mostró a sus discípulos las manos y el costado. Creer en la pascua es descubrir que el mismo Jesús crucificado es el Señor glorioso. En contra de todo espiritualismo, no hay pascua sin “memoria de Jesús asesinado”, sin memoria de los asesinados...

“Sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”. La Pascua es una nueva creación. El mismo Dios había soplado en el principio sobre el ser humano, haciéndole viviente (Gen 2, 7). Ahora sopla Jesús, como Señor pascual, para culminar la creación que en otro tiempo había comenzado.

¡Como el Padre me ha enviado así os envío yo! La pascua se vuelve misión. De ahora en adelante, los discípulos de Jesús son enviados de Jesús. Realizan una obra que es propia del Señor resucitado: expanden y despliegan su camino, realizan su misterio sobre el mundo.



A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados. El perdón fruto de la obra redentora de Jesús. Ésta la tarea de la iglesia: llevar el perdón al mundo, La iglesia entera, desde el don pascual de Cristo, es signo y principio de perdón sobre la tierra.

B. SEGUNDA PARTE: DISCÍPULOS CON TOMAS. Tocar a Jesús

Bastaban las señales anteriores: **la paz** de Cristo, el **recuerdo de su entrega** (manos y costado), **el perdón en el Espíritu**. Pero faltaba Tomás, uno de los Doce. Los otros discípulos le dicen que han visto al Señor pero él duda: pide un signo y Jesús se lo concede:

La experiencia pascual no es pura melodía interior, tipo new age, algo intimista... el Jesús resucitado no es un “fantasma”, sino el mismo Jesús que ha sido crucificado. Si esto se olvida, se olvida la pascua. Sin la entrega certificada en las llagas de Jesús no hay Pascua. ¡Ciertamente, Jesús resucitado no tiene ya las llagas externas que tenía cuando le crucificaron! Pero sigue siendo el mismo crucificado. Por eso es necesario “tocarle” allí donde él sufre en los que sufren. La fe pascual viene a expresarse de esa forma como experiencia mística (pero realísima) del sufrimiento y muerte del Mesías, que sigue muriendo en los crucificados y del mundo.

Mete tu dedo aquí, mete tu mano... El mismo viejo cuerpo del amor concreto y de la entrega, el cuerpo al que han matado (con heridas de lanza y clavos), se convierte así en un signo de resurrección, signo que sigue en la realidad de los hombres. Frente a los riesgos de un falso espiritualismo que quiere olvidarse de la carne, frente a todos los intentos de entender la pascua como puro cambio de conciencia el Evangelio de Juan ha querido poner de relieve **la corporalidad mística del Cristo de la pascua**, que nos lleva a seguir encontrando a Jesús en las llagas de todos los hombres.

La muerte de Jesús no ha sido un puro accidente del pasado, no es algo que se olvida. El Señor resucitado sigue siendo aquel que lleva en sus manos y costado las heridas de su entrega, los signos de su amor crucificado en favor de los hombres. El Señor resucitado sigue siendo aquel que sufre en todos los que sufren en el mundo.

El Señor visible hoy en sus signos. Necesitamos el encuentro con Señor vivo. Pero, esa presencia hoy sólo es perceptible a través de sus signos. Una presencia que no se impone, ni demuestra, sino que se propone y se muestra en sus signos: El testimonio apostólico recibido en la Comunidad, la alegría, la paz, las heridas del Crucificado, el perdón de los pecados, la misión entusiasmada de los creyentes y, sobre todo, el Espíritu Santo, sin el cual “nadie puede decir Jesús es el Señor” (1 Cor 12, 3).